ricanos del camino del Saltillo, se lanzaron rápidos sobre el débil destacamento situado en las lomas frente al Obispado, ganaron dos piezas é hicieron flotar su enseña vencedora sobre nuestro fortin de la Federacion.

Cuando esto acontecia por los puntos avanzados del poniente, se escuchaba por el N. E. un vivísimo fuego de fusilería y de artillería en los puntos de la línea del general Mejía. El choque rudo, sostenido, desesperado, se empeñó en el reducto de la Tenería, cuya guarnicion corta y con solo cuatro piezas, se multiplicaba por su heroico ardimiento. Los ataques se redoblaban: el empuje del invasor era vehemente: el general en gefe mandó para que nos reforzara al 3.º ligero: el enemigo estrechaba entre tanto la obra, cuando no teniamos ya un solo cartucho de cañon: el asalto es evidente; pero el refuerzo llega: se manda al teniente coronel del 3.º ligero que haga una salida y cargue sobre el enemigo. La voz de armen bayoneta es contestada por mil vivas entusiastas: fórmase la columna, y entonces . . . . dicen los partes y varios testigos no desmentidos satisfactoriamente por aquel gefe, con cuyo nombre no hemos querido manchar estos renglones, que saliendo por la gola de la obra se arrojó al rio, emprendiendo la fuga entre los gritos de indignacion y de escarnio. Por la huida del gefe del ligero los enemigos tomaron la Tenería: nuestros soldados se retiraron al punto del *Rincon del Diablo*, á tiro de fusil de la Tenería, donde resistieron valerosamente, distinguiéndose entre otros el teniente coronel D. Calisto Bravo y capitan de artillería Arenal, situándose por fin el general Mejía en el puente de la Purísima. Allí revivió la lucha ensangrentada, y se prolongó tenaz y con encarnizamiento: cuando agotadas todas las municiones pidieron parque los soldados al general Mejía, este contestó que no *se necesitaba* mientras hubiera bayonetas. Esta respuesta se recibió con vivas de aplauso: redoblóse la energía: el enemigo por su parte ardiente y esforzado, combatia á la vista del mismo general Taylor que asistia á esta lucha. Hace, en fin, un impulso: nuestros soldados saltan los parapetos; y como dice Tirteo exhortando á los griegos, pecho contra pecho, arma contra arma, confundidos, frenéticos, cargan los nuestros, y sobre el terreno que han ganado, sobre los cadáveres de nuestros enemigos, entre el humo de su sangre impura, sube á los cielos el grito victorioso de "Viva México."

Los valientes que conquistaron aquel lauro á las órdenes del general Mejía, fueron trescientos hombres de Aguascalientes y Querétaro, mandados por el teniente coronel Ferro y comandante de batallon D. José María Herrera: el comportamiento de la artillería, al mando de D. Patricio Gutierrez, fué brillante. Los enemigos, despues de haber perdido cerca de mil hombres en este encuentro, se retiraron al bosque de Santo Domingo, dejando algunas piezas y un corto destacamento en la Tenería.

Al retirarse los americanos, el general Mejía creyendo conveniente una carga de caballería, lo manifestó al general en gefe, quien mandó veinte hombres: el general Mejía dijo que aquella fuerza era corta. Entonces se ordenó al general Garcia Conde que, con el 3.º y el 7.º que estaban en la plaza, cargase al enemigo por retaguardia por el rumbo de la catedral nueva. Garcia Conde condujo los cuerpos hasta el punto donde debian cargar: allí entró solo en combate el 3.º, que lanceó mas de cincuenta hombres de varias guerrillas enemigas, retirándose en seguida á la ciudad.

Los trabajos de fortificacion de la plaza continuaron: el general Romero con su brigada de caballería salió de ella con el objeto de hostilizar al enemigo.

En la madrugada del dia 22 éste se apoderó del pico occidental y mas alto del cerro del Obispado, sorprendiendo á sesenta hombres del 4.º ligero que lo defendian, contra los pronósticos y las seguridades del señor mayor general Garcia Conde, quien habia sostenido que era inaccesible. Los enemigos subieron artillería, y rompieron sus fuegos de este punto y del de la Federacion sobre la obra del Obispado, que defendia el teniente coronel D. Francisco Berra con doscientos hombres y tres piezas de artillería.

El comandante mandó que saliesen algunas guerrillas fuera de la obra: contiénese el enemigo: el general Ampudia ordena que cincuenta dragones desmontados auxilien á Berra: ¡órden singular, porque la columna de reserva permanecia en inaccion dentro de la plaza! Nuestras guerrillas rechazan al fin al enemigo auxiliadas por un corto refuerzo de cincuenta hombres de caballería que mandaba el general Torrejon: empeñados los americanos destacan tres columnas sobre la obra disputada: cargan con decision: los nuestros, agobiados por el número, retroceden en desórden, sin que pudiesen protegerlos las fortificaciones, que únicamente tenian fuegos para la ciudad. Eran las cuatro de la tarde cuando el enemigo se apoderaba entre su alga-

zara de júbilo de la obra. Los soldados en tropel, llenos de espanto, descienden y penetran al interior de la plaza difundiendo el terror, cuando salia un tardío refuerzo del batallon de Zapadores y el 1.º de línea para el Obispado! . . . .

Nuestras comunicaciones con el Saltillo quedaron entonces cortadas absolutamente.

Este suceso infundió ese pavor silencioso que precede á las derrotas; y con una que otra escepcion, los gefes de los cuerpos lo hacian sensible, contagiando al mismo general en gefe, del que la espedicion y la energía no fueron dotes favoritas. Poseidos los directores de los negocios de los sentimientos que por pudor hemos bosquejado tan someramente, se mandó concentrar al ejército en la línea interior, desamparando todas las obras mas avanzadas por el norte, oriente y poniente, y conservando solo algunas del sur, á la orilla del rio, por estar á sesenta varas de la plaza principal.

Estas disposiciones se cumplieron á las once de la noche, en medio de un ruidoso desórden, provenido de que la tropa rehusaba abandonar sus posiciones sin combatir. La murmuracion y el descontento se manifestaban sin embozo, padeciendo la moral militar lo que no es decible. Quedaron avanzados al poniente y en las avenidas del cerro del Obispado ciento cincuenta hombres; y en la Ciudadela una guarnicion de quinientos, á las órdenes del coronel Uraga.

Amaneció el 23: se supo que las fuerzas enemigas situadas en el cerro del Obispado habian sido reforzadas considerablemente con infantería y artillería, ocupando la Quinta de Arista, Campo Santo y otras posiciones contiguas.

En los puntos que habiamos abandonado en la noche en medio de un desórden espantoso, se veian muchos soldados que se quedaron por olvido ó por indolencia, ebrios, disparando al aire sus fusiles, cometiendo escesos, dando idea clara del desconcierto que comenzaba á dominar.

El general Ampudia salió de la catedral, donde habia establecido su cuartel general y permanecido durante la accion, y recorrió los atrincheramientos.

En la ciudad se trabajaba con ansioso afan en las obras emprendidas, coronando de saquillos las azoteas y aspillerando varios edificios, á la vez que el enemigo, desde la Tenería y las lomas del sur, la

atacaba con la batería que estableció en el primer punto y la pieza que colocó en las lomas mencionadas.

A las diez de la mañana, el enemigo ocupó los puestos abandonados la noche anterior: á las once embiste por el este con decision: generalízase el fuego y cunde ardiente hasta las casas de la plaza principal. En esos momentos, sublime como las heroinas de Esparta y de Roma, y bella como las deidades protectoras que se forjaban los griegos, se presenta la señorita Doña María Josefa Zozaya en la casa del Sr. Garza Flores entre los soldados que peleaban en la azotea; los alienta y municiona; les enseña á despreciar los peligros. La hermosura y la categoría de esta jóven le comunicaban nuevos atractivos: era necesario vencer para admirarla, ó morir á sus ojos para hacerse digno de su sonrisa. ¡Era una personificacion hermosa de la patria misma: era el bello ideal del heroismo con todos sus hechizos, con toda su tierna seduccion!

A la una y media de la tarde cesó el ataque, para reanimarse á las cuatro con mayor violencia. Una gruesa columna con una pieza de artillería descendió á esa hora como una avenida formidable del cerro del Obispado, dividiéndose en los dos caminos que conducen de aquel punto á la ciudad. Lo tortuoso de las calles por donde vienen los invasores impide obrar á la artillería; no obstante, se traba una lid empeñada: por ambas partes se lucha con ardor: los enemigos emprenden horadar las casas y penetran así hasta nuestros atrincheramientos. Esta osadía irrita el brío de nuestras tropas, que desdeñando pelear á cubierto, trepan audaces sobre los parapetos, y provocando al enemigo desafiaban una muerte evidente. Este, mas frio, mas cauto y mañero, nos hacia un fuego peligrosísimo por las canales y aspilleras de las casas.

Se habia mandado á la oficialidad subalterna, de capitan abajo, que pelearan como simples soldados: los oficiales se ponen la fornitura sin murmurar; toman sus fusiles; se establece una emulacion generosa y ardiente: cada oficial quiere distinguirse por su arrojo, comprando con su sangre el lauro del valiente.

Forma un vergonzoso contraste con esto lo que han dicho los enemigos de los generales refiriéndose á Monterey. Nosotros nos limitaremos á decir, que á los gefes y oficiales dispensaron despues los vencedores distinciones de todo género; y que los generales, á escepcion de los que hemos mencionado honrosamente, sufrieron

con el desprecio de sus enemigos un castigo duro y acaso merecido.

En la noche cesa el combate y arroja el enemigo algunas bombas desde la Plazuela de la Carne.

Varios de los que no hemos querido mencionar escitan al general en gefe para que solicite una capitulacion. El comandante general de artillería, que ejerció grande influencia en todos los sucesos de Monterey por su valimiento con Ampudia, apoyó aquellas sugestiones.

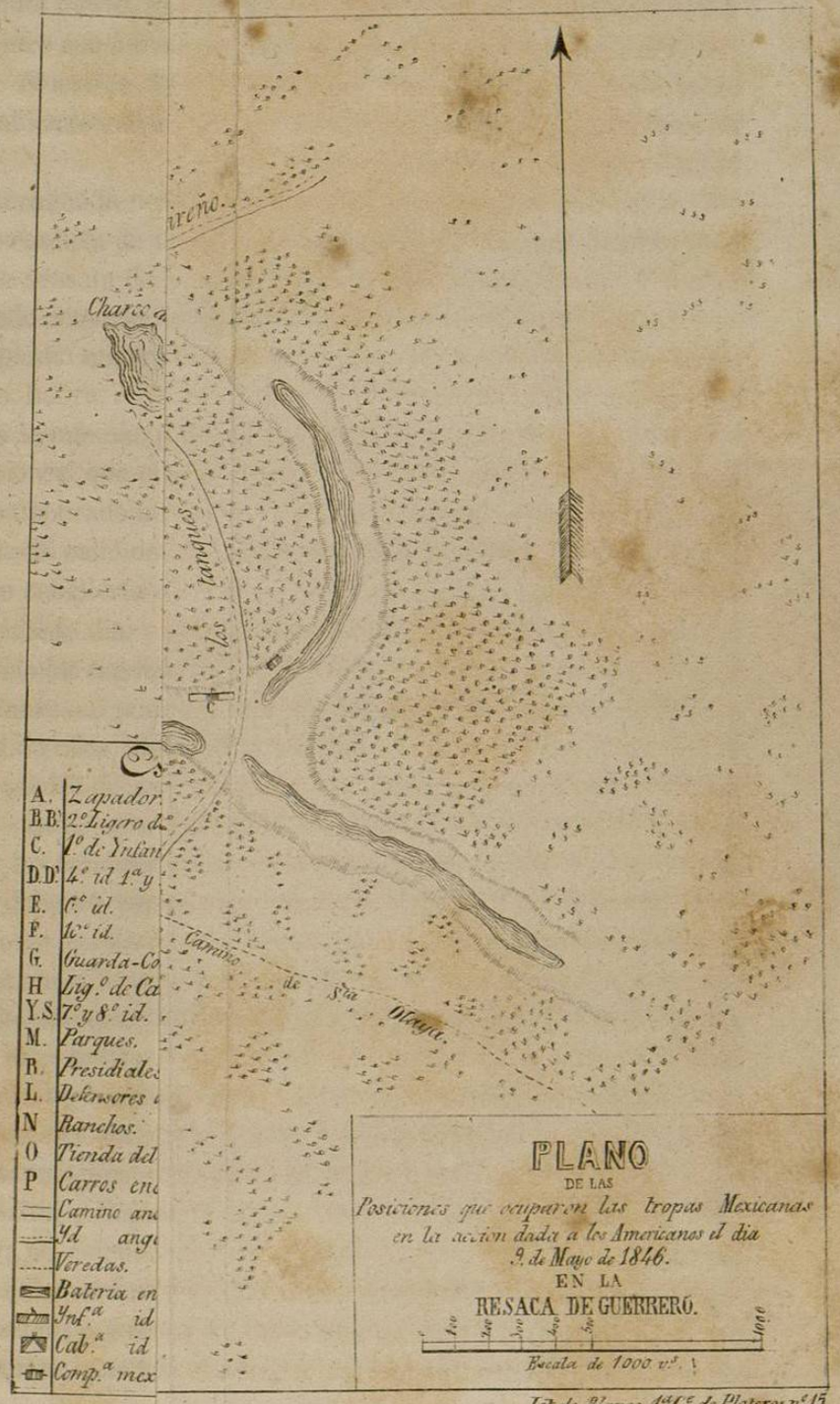
A las tres de la mañana salió para el campo de Taylor el coronel graduado capitan D. Francisco R. Moreno, á solicitar un parlamento de nuestra parte.

La humillacion que entonces se sentia es inesplicable. ¡Cuántos sacrificios estériles! ¡Cuánta heroicidad burlada! ¡Cuánta cobardía impune y triunfadora!

El general Taylor suspendió las hostilidades, contestando que nuestras tropas evacuaran la plaza, jurando no tomar las armas en lo succesivo contra los Estados-Unidos.

El general Ampudia formó una junta de los gefes de brigada y de cuerpo. Cuando la imponia de la resolucion del enemigo, se anunció que el general Worth venia á tratar con nuestro general en gefe. Fué el general Ampudía á la entrevista. Le propuso Worth que evacuasen nuestras tropas la ciudad, sin mas garantía que la de que los oficiales sacaran sus espadas, dejando la tropa las armas. Ampudia, irritado y acaso arrepentido de su debilidad, protestó solemnemente que si no habia otro acomodamiento, sucumbiria bajo los escombros de la ciudad. Worth propuso entonces que iria el general Taylor á convenir sobre los tratados. Esta segunda entrevista dió por resultado la capitulacion, para la que fueron comisionados los generales Requena y Garcia Conde, y D. Manuel María del Llano: capitulacion, por ironía cruel, llamada honrosa, que consistia en que el ejército sacaria sus armas y equipajes, una batería de seis piezas, municionadas con veinticuatro tiros cada una, una parada de cartuchos por plaza, dejando el resto del material; y comprometiéndose por su parte los americanos á no pasar de la línea de los Muertos, Linares y Victoria en siete semanas, en cuyo tiempo trabajarian en diligenciar la paz.

Ese mismo dia, á las once de la mañana, evacuaron nuestras tropas la Ciudadela, al frente de una columna enemiga mandada por el general Smith. Nuestras fuerzas arriaron la bandera; sonó la salva



Lit. de Blanco, 1.ª C.ª de Plateros n.º 15

Lit. de Blanco, 1.a C.e de Plateros n.o 15

de ordenanza; y nuestro pabellon cayó abatido, tributándole los enemigos los honores de la guerra. Las tropas de Smith tomaron posesion de aquel fuerte, tremolando su estandarte, al que saludaron victoriosos entre sus *hurras* de júbilo y nuestro llanto de humillacion y de dolor! Nuestras fuerzas se alojaron en la parte este de la ciudad, no habiendo salvado mas que el personal y seis piezas de artillería.

Así terminó la defensa de Monterey. La sencilla relacion de los hechos nos escusa de todo comentario: ella ratificará tambien el juicio de la parte sensata de la nacion!

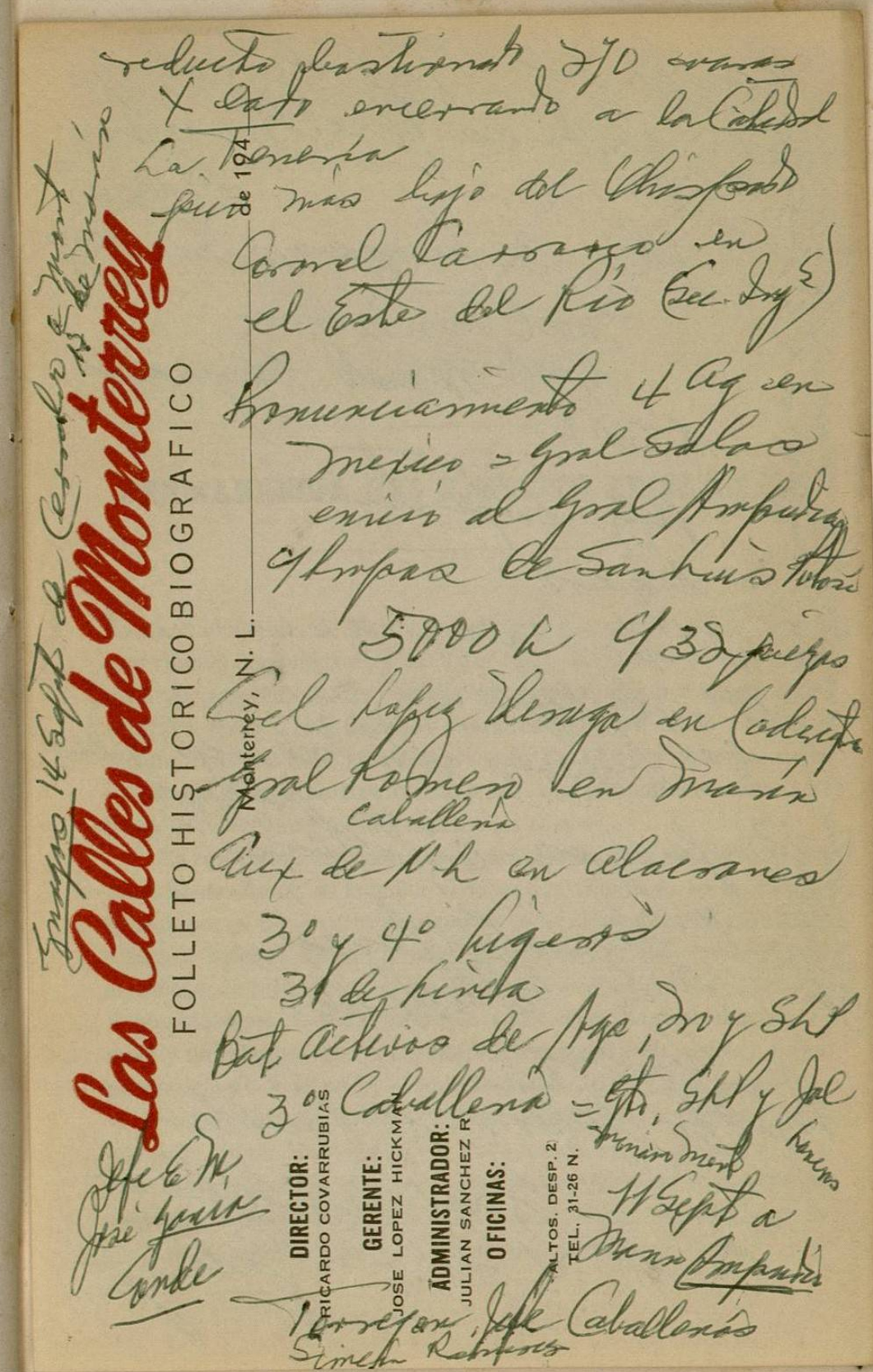
Cuando removidos los inconvenientes de una relacion contemporánea, la pluma imparcial de la historia consigne este hecho en su libro severo, habrá, refiriéndose á estos sucesos, que relegar algunos nombres á la infamia; pero no se dirá como hoy, en el lenguaje parcial de las pasiones, que el ejército vertió allí su ignominia en el cáliz que despues ha apurado nuestra patria hasta las heces! . . . .

El dia 26 salió de Monterey para el Saltillo la 1.ª brigada y dos cuerpos de caballería con el general en gefe: el resto de las tropas lo hizo el siguiente dia.

Cuando los habitantes de Monterey vieron salir las últimas fuerzas mexicanas, no pudieron resolverse á quedar entre los enemigos, y multitud de ellos, abandonando sus casas é intereses, cargando sus hijos, y seguidos de sus mugeres, caminaban á pié tras de las tropas. Monterey quedó convertida en un gran cementerio. Los cadáveres insepultos, los animales muertos y corrompidos, la soledad de las calles, todo daba un aspecto pavoroso á aquella ciudad.

Reunidas las fuerzas en el Saltillo, se aguardaban las disposiciones del gobierno, á quien por estraordinario se envió la capitulacion. En los primeros dias del mes de Octubre se recibió la órden de que las tropas se retiraran á San Luis Potosí. El ejército y el pueblo supieron con tan honda indignacion esta medida, que Ampudia se dispuso á enviar un oficial de su confianza para que impusiera de aquella circunstancia al gobierno; pero el dia mismo en que el oficial salió del Saltillo, llegaron dos comisionados con órdenes contrarias. Esta nueva se celebró con vivo entusiasmo; mas al siguiente dia se recibió otra órden, insistiendo en la determinacion primera de que las tropas marchasen á San Luis.

Organizóse por fin la retirada por brigadas escalonadas: las es-

caseces hacian rayar en miseria las necesidades del ejército, no obstante los socorros patrióticos de las poblaciones del tránsito.

Así, despues de una derrota inmerecida y de una retirada humillante y penosa, llegaron los restos de nuestras tropas á San Luis en fines de Octubre. Esos restos formaron la base del nuevo ejército que se organizó en la misma ciudad, y que pronto veremos combatir denodado en la Angostura.